



Bernardo Tanis*

El psicoanálisis y sus clínicas**

La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica, y hacen posible que un proceder de ordinario legítimo no producta efecto algunas veces, mientras que otro habitualmente considerado erróneo lleve en algún caso a la meta.

Sigmund Freud¹

Contextualización de la cuestión

El psicoanálisis sería uno y, al mismo tiempo, múltiple, si nos apegamos al principio de identidad de la lógica aristotélica, si somos capaces de respetar su multiplicidad de referencias teóricas, formas y dispositivos, encuadres y estilos, y así aproximarnos a y profundizar en las ideas del pensamiento clínico, la escucha y el encuadre interno del analista.

¿Es posible sustentar clínica y teóricamente esta afirmación, o es más bien una expresión de deseos, un sueño de unidad frente al hecho de ver nuestro universo ideal bastante diversificado?

Pues basta con mirar a nuestro alrededor y percibir los interrogantes de los analistas sobre el futuro del psicoanálisis y de sus instituciones. En ese camino, no son pocos los que se preguntan sobre las tareas que los psicoanalistas han de realizar para sobrevivir con vitalidad en el siglo XXI, y surgen diferentes respuestas considerando que somos poseedores de un legado extremadamente valioso a preservar. No obstante, unos piensan que sería más conveniente preservarlo en sus moldes más tradicionales, mientras otros creen que la mejor forma de preservar ese legado es mantenerse fieles a un movimiento investigativo que no retroceda frente a los nuevos desafíos de la clínica y de la cultura, tal como hicieron Freud y los pioneros del psicoanálisis. De tal modo, el diálogo y el debate son fundamentales.

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

** Conferencia presentada en el 1 Simposio Bienal de la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo. (SBPSP), "Psicoanálisis en movimiento", agosto de 2018.

1. N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 125 de: Freud S. (1996), Sobre la iniciación del tratamiento. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12). Buenos Aires: Amorrorrtu. (Trabajo original publicado en 1913).

Freud luchó incansablemente por el desarrollo de la joven ciencia y su lucha no fue vana, transformó el modo de pensar la subjetividad humana; sus descubrimientos y formulaciones fueron dominantes, aun con muchas resistencias en el mundo occidental. A partir de los años 70 y 80, progresivamente con el desarrollo de los psicofármacos, las terapias conductistas y su variable cognitivista, así como sucedió más recientemente con las neurociencias, hubo un incremento de la crítica al psicoanálisis (cuestionamientos en torno a su eficacia, cientificidad, costos, larga duración, etc.) y una declinación en la demanda de psicoanálisis y de formación en muchos países.

A este sentido contribuyó la fragmentación del movimiento psicoanalítico, lo que se llamó la "era de las escuelas"², con riquísimos aportes de sus maestros, aunque se generaron embates fraticidas cuyas cicatrices aún nos marcan. Ya no bastaban nuestro método y nuestras construcciones: comenzó a hablarse de la crisis del psicoanálisis o de los analistas, y hubo una corrida en busca de evidencias empíricas que justificasen su eficacia ante los planes de salud, las universidades americanas o las europeas.

Vivimos en una cultura en la cual las formas de poder aparecen más difusas, pero no pero eso menos abrumadoras (consumo, narcisismos, control, mecanismo de goce, etc.), produciendo efectos en la construcción de ideales, de identificaciones. Una nueva moral para el superyó a través de la cual la ética, como campo de contacto con la alteridad, esté comprometida. En ese contexto, ¿cuáles son los caminos que se vislumbran para el psicoanálisis?

La diversidad de las prácticas desarrolladas, a partir de un abordaje psicoanalítico, para responder a las diferentes formas de sufrimiento humano, muestra la riqueza de una clínica de mayor complejidad en su alcance terapéutico y en sus teorías explicativas. La constatación de que el malestar, como constitución de lo humano, puede vestir diferentes ropajes según las épocas, pero que no se disipa, sea por medicación, sea por técnicas manipuladoras o de autoayuda, reubica al psicoanálisis y sus premisas en el campo de las intervenciones y la reflexión en torno al sufrimiento psíquico y sus fuentes.

No obstante, las transformaciones socioculturales y económicas acontecidas en las últimas décadas son de tal magnitud que no dejan de requerir plasticidad en el ejercicio clínico. De allí que el sustento y la riqueza del psicoanálisis residen, entre otras propiedades, en su permanente apertura a las singularidades. De esta manera, reconoczo como productivos la tensión y el diálogo entre los diferentes modelos teóricos, la discriminación de lo específico de cada configuración psíquica, así como la distinción entre la técnica clásica y las particularidades de cada proceso analítico. Todo ello, lejos de señalar una fragilidad epistemológica, es testimonio de un método original de abordar el sufrimiento humano en el contexto de los saberes y las prácticas clínicas en un mundo en el que las teorías de la complejidad –por ejemplo, las formulaciones de Edgard Morin (2007) sobre

2. Ver: Mezan (2014).

el pensamiento complejo– aparecen, cada vez más, como herramientas necesarias frente a los múltiples determinantes de la subjetividad.

Desde sus inicios, el campo psicoanalítico comprendió la diversidad de miradas, permitió la investigación permanente en torno al ejercicio clínico, enriqueciendo y ampliando la comprensión de los procesos inconscientes y vinculares y, de ese modo, fue perfeccionando su contribución en la elaboración del malestar de aquellos que nos buscan.

Así, el reconocimiento de un universo clínico cuyo ámbito se extiende más allá de la clásica distinción entre neurosis, psicosis y perversión, viene ocurriendo desde hace algunas décadas. Las variadas configuraciones no neuróticas y el cambiante contexto sociocultural demandan un manejo original de la transferencia y la contratransferencia que escapa a los estándares clásicos. Hoy, los analistas somos menos recelosos de avanzar en esa dirección con seriedad y responsabilidad. Es por ello que creo que ampliar el debate en torno de esta cuestión concierne al futuro del psicoanálisis.

A este respecto considero que el desarrollo del psicoanálisis parece ofrecernos un movimiento en espiral, a través del cual se revela un movimiento de enriquecimiento, y una comprensión más precisa y amplia de ciertos procesos de subjetivación. Si el modelo freudiano inicial se enfocaba en la pulsión y en el deseo como fuerzas motivadoras que animaban la vida psíquica, se enriqueció con la inclusión del objeto, sea en el reconocimiento de los modelos identificatorios, de las vicisitudes de la trama edípica, en la constitución de las instancias ideales o en los procesos de duelo. Muchas teorizaciones postfreudianas pusieron el foco en el objeto, ampliando lo ya señalado por Freud (objeto de la pulsión, de las identificaciones, rival, protector, modelo, etc.), pero observándolo como elemento regulador de las emociones más arcaicas del *infant*: ya sea en la perspectiva de la *rêverie* de Bion, del *holding* de Winnicott, o de Lacan cuando nos habla de la alienación en el deseo del otro. Todo eso no dejó incólume el lugar del analista en el devenir de un análisis y, sí, pasó a convocarlo de nuevas maneras, y así las formulaciones sobre la contratransferencia y el deseo del analista ganaron fuerza, al mismo tiempo que el analista intérprete cedía espacio –pero sin renunciar a él– a otras formas de intervención y presencia, lo que nos convoca a renovar la reflexión en torno a la abstinencia y a la postura ética del analista (Tanis, 2014a, 2014b).

En las últimas décadas, el proceso de constitución del sujeto psíquico pasa a percibirse, cada vez más, como un proceso heterogéneo de representación y simbolización, en el cual hay que dar cuenta de lo que André Green (2002/2010) denominó pulsión-objeto, esto es, las relaciones en y entre lo intrapsíquico (centrado en la pulsión) y lo intersubjetivo (centrado en el objeto). En la clínica, los casos-límite se transformaron en nuevos cuadros paradigmáticos, lo que promovió la exploración/expansión de los límites de lo analizable y posibles modificaciones técnicas: la clínica psicosomática, adicciones, las fallas en el campo de la representación, la clínica de los traumas, compulsiones, desórdenes alimenticios, trastornos autistas, etc.

Esa diversidad de configuraciones, y la singularidad de cada vínculo paciente-analista, han llevado a analistas de diferentes latitudes a expandir el espectro de las variantes de intervención psicoanalítica.

Eso ha generado la reanudación de la reflexión sobre el encuadre o el marco de la situación analítica, en la medida en que deja de ser un elemento fijo y constante y puede cambiar según los diferentes contextos vinculares y configuraciones psíquicas.

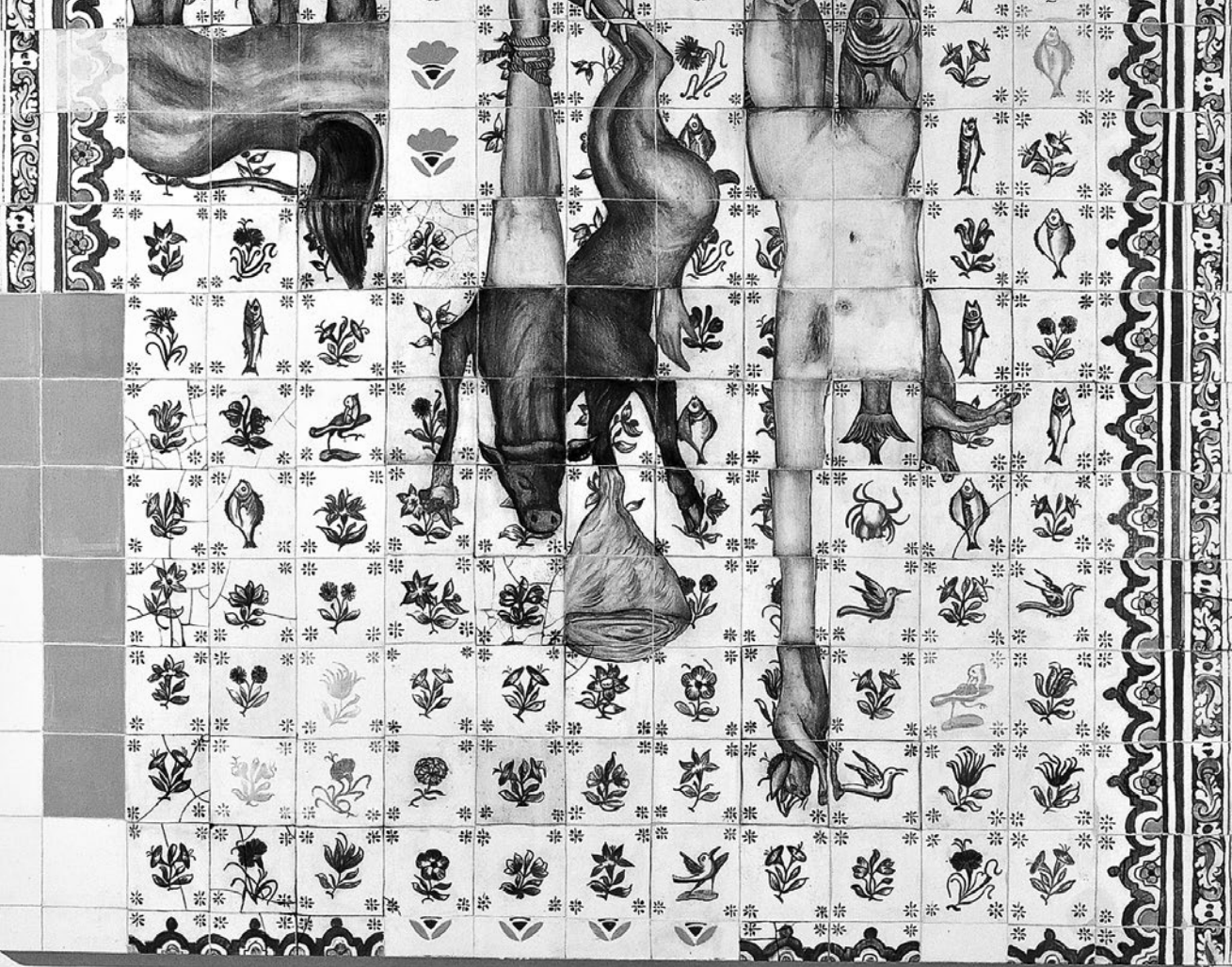
André Green (2002/2010) nos habla de una matriz activa del encuadre, su matriz dialógica y procesal, y otra, más cambiante, que se adapta a diferentes circunstancias y que, en el pasado, obedecía a una configuración estándar. La matriz dialógica es aquella en la que predomina la asociación libre y la atención flotante, lugar de los procesos transferenciales y contratransferenciales, y la otra alude al soporte material del proceso. Alizade (2002, 2009), en una interesante reflexión, nos invita a pensar que tal vez la institucionalización del psicoanálisis, y el temor a la contaminación por factores de otras disciplinas, hayan producido un control excesivo sobre lo que vino a denominarse encuadre o marco. Ese excesivo énfasis en el aspecto externo del encuadre parece haber definido un encuadre “tipo”. Así, propone reflexionar sobre la idea de encuadre interno implícito en la regla de la asociación libre, sobre la regulación de los procesos psíquicos que emanan de las configuraciones internas del analista, sobre la capacidad de empatía y permeabilidad de éste, su propio inconsciente, y, finalmente, sobre el desarrollo de su capacidad creativa en el arte de curar. El trabajo con y en el silencio, con la condición no formalizable de los afectos. A ese encuadre interno, la autora le confiere un estatuto teórico-vivencial, en el cual el analista puede encontrar una especie de espontaneidad libremente fluctuante.

De mi historia, cuatro escenas brevísimas

Primera escena. Cuando comencé mi formación en la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo (SBPSP), resolvimos encontrarnos, un grupo de colegas, en reuniones mensuales para discutir y reflexionar sobre nuestra clínica. Se trataba de un grupo horizontal en el cual en cada encuentro uno de nosotros proponía una situación clínica para la reflexión, llevaba sus dudas y bloqueos.

Este grupo tuvo una función importantísima de contención, metabolización, maduración y reflexión. En la época, parecía obvio que lo que nos unía era el sentimiento de que allí podíamos ser verdaderos y auténticos. Hoy, pasados muchos años, pienso que había muchas fantasías en torno a la formación, a nuestros recelos y miedos de perder la espontaneidad. No obstante, *a posteriori*, pienso y valorizo la tensión creativa entre lo instituido y la experiencia aportada por cada uno de nosotros; eso hizo que pudiésemos comprender que el psicoanálisis es una construcción colectiva y entre generaciones. La tensión dialéctica entre las generaciones, entre lo individual y lo institucional, debe acogerse como inherente al proceso de formación.

Segunda escena. Me consultan los padres de una pareja de gemelos portadores de un raro síndrome. Esos niños tienen cuatro años. Recibo dos pesados y voluminosos expedientes de cada uno de ellos y el relato abrumador de tratamientos, exámenes y una lista extensa de médicos,



Adriana Varejão
Azulejaria de Cozinha com Caças Variadas, 1995

nutricionistas, psicomotricistas y psicólogos que han consultado. Junto con este paquete percibo una insoportable angustia y sufrimiento en los padres, así como culpa, fantasías y sentimientos silenciados y obturados por esta búsqueda incesante que tapon a una hemorragia emocional.

Les digo a los padres que no vería a los niños, por el momento, y que prefería conversar más veces con ellos. En mi pensamiento no podía recibir a quienes aún no existían como hijos en la mente de los padres. Eran solo expedientes... pero las heridas de los padres estaban en carne viva. Vi a estos niños recién varios meses después. Hoy, ya adultos, están transitando caminos posibles en sus vidas, y están bastante integrados afectivamente a su familia. De tiempo en tiempo sus padres siguen visitándome para mantener una conversación. Pienso que lo que orientó mi intervención mantenía fidelidad a la escucha analítica, a la elaboración del impacto contratransferencial implicado en el dolor, la pena y el sufrimiento de esos padres que no podían ser acogidos hasta ese momento, salvo en recomendaciones técnicas o diagnósticas. Liberar la palabra impregnada de afecto abría las posibilidades de un nuevo lugar a construir, para crear las condiciones más favorables de escucha en aquel contexto si fuera necesario.

Tercera escena. Mi primer empleo fue en un hospital psiquiátrico, institución en la cual era bastante complicado mantener algún tipo de encuadre posible con los internos, pues sabíamos que muchas veces un paciente que atendíamos desde hacía algunas semanas era dado de alta en función de alguna solicitud del convenio o por una cuestión administrativa psiquiátrica. Recibíamos la noticia al consultar la enfermería cuando aquel no se presentaba a la sesión individual o grupal.

Pero, aun así, teníamos bastante libertad en la institución, y decidimos con un grupo de colegas organizar un trabajo de grupos operativos con enfermeros y empleados de limpieza y cocina. Por cierto, ésa fue una de las mejores experiencias de mi vida profesional. Al grupo, más allá del secreto, se le dio la consigna de que se podía proponer el tema que se deseara y que podía hablarse con total libertad. Al comienzo predominaban las quejas sobre las condiciones de trabajo, las rotaciones, etc., siempre en la expectativa de que fuésemos un puente entre ellos y la dirección del hospital. Pero, al poco tiempo, el dispositivo grupal, incluyendo nuestra presencia y nuestras intervenciones, permitió la manifestación de las fantasías de enfermedad, del miedo a la locura; hablaban de insomnio, de contaminación y del riesgo de contagio, de lo que los había acercado a ese trabajo, del preconceito que sufrían en sus familias. Raramente alguien faltaba a las reuniones semanales; se volvieron autónomos en la necesidad de llevar sus reivindicaciones al sector de recursos humanos y a la dirección del hospital. Esta pasó a respetar más al grupo de jóvenes terapeutas, el nuevo encuadre, el análisis de configuraciones vinculares en el contexto institucional, la intersección de niveles intersubjetivos, grupales y el ámbito institucional.

Cuarta escena. Pedro es un adolescente que en los primeros contactos se presenta a partir de una imagen que oscila: entre un deterioro generalizado de su autoestima, física y psíquica, un payaso en el aula, un alumno que fracasa, un ser fallido y, en contrapartida, una omnipotencia desde la que me habla de libros publicados, de sus dotes artísticas en ejercicio, y de su bisexualidad activa (que es motivo a veces de orgullo, a veces de angustia). Su discurso irónico destituye defensivamente la posibilidad de establecer un vínculo más estable conmigo. Come compulsivamente. En relación a mí, busca controlarme como objeto imaginario que puede manipularse, intenta asimilarme a su analista anterior, no hay encuentro con la alteridad, me coloca en un lugar predefinido en el que no me reconozco. Hijo adoptivo, desde los primeros días de vida habita un mundo marcado por la tensión entre sus padres, que se separaron cuando él aún era muy pequeño. Una separación que incluyó peleas y divisiones intensas. Pedro, aunque se me haya consultado por su rotundo fracaso escolar, deja entrever una demanda de auxilio frente a la dimensión traumática de una configuración narcisista-identitaria (Roussillon, 2014) precaria, a falta de un continente capaz de hacer frente a las demandas pulsionales y a los rasgos y afectos no simbolizados. En ese contexto, destacamos las marcas de lo vivenciado que no pueden transformarse en experiencia: el sujeto está afectado y sumido en un tobogán de estados emocionales y actuaciones constantes. Pedro procura una salida mágica que, imagina, podrá mitigar su dolor: cirugía plástica, vínculos simbióticos, drogas. El

teatro, la teatralidad, y el mundo de las imágenes filmadas son, al mismo tiempo, campo de actuación y de perelaboración; aunque obedezcan al registro de la *Darstellung* (presentificación), en la que no hay un espacio entre sí y el objeto, permiten la búsqueda de un camino de *Vorstellung* (representación/simbolización). No voy a extenderme en el análisis de Pedro, considero que esto es suficiente para los fines de este trabajo.

Coexisten diferentes modos de funcionamiento psíquico en una heterogeneidad signica conforme a las clasificaciones de Pierce (1999). Ciertas demandas pueden ser articuladas de modo simbólico, mientras otros procesos aluden a una incompletud, o precariedad de la terceridad dominada por procesos que operan en la esfera de la secundidad (procesos de fusión, indiscriminación, no diferenciación masculino-femenino), o de la primeridad (pura cualidad pulsional). Pensar en los procesos de simbolización³ a partir de esta perspectiva significa, a mi modo de ver, poner en riesgo la idea de que los mismos podrían desarrollarse en el contexto vincular –vínculos que deben experimentarse e investigarse, a partir de una perspectiva polifónica, en el espacio intermediario y potencial, entre las condiciones reales de nuestra existencia y la dimensión simbólico-pulsional del acontecer humano-. Un acontecer amenazado por el riesgo de desarraigo, por los excesos de información, por los fenómenos de exclusión social, inseguridad y miedo, así como por la violencia que desafía el frágil tejido de nuestras representaciones. Pondrá en juego el modo en que nosotros, analistas, pensamos y, principalmente, elaboramos clínica y teóricamente esas configuraciones paradójicas. Estos pacientes, como Pedro, nos convocan a abordar su supervivencia psíquica; dentro y fuera de la sesión son constantes los pasajes al acto, las descargas pulsionales, los estados depresivos. Con certeza, muchas veces nos sentimos acorralados: si corremos nos atrapan, si nos quedamos nos comen. Y, en este contexto, mis intervenciones pueden experimentarse como invasivas en el caso de contener algún elemento que pueda tocar un núcleo traumático en la esfera del narcisismo, pero por otro lado, cualquier intervención cuyo carácter pueda tener un elemento de soporte explícito puede considerarse estúpida y acabar siendo censurada; de donde observamos que la dimensión del signo que alude al tres desde el inicio, y no a la esfera de la dualidad, es la que se necesita para superar las trampas a las que tales pacientes nos convocan. Trabajamos el vínculo en el contexto transferencial; estamos siempre sobre el filo de la navaja.

Fidelidad y profanación

En estos más de cien años de existencia, la clínica psicoanalítica ha expandido sus fronteras con los trabajos en el campo de la psicósomática psicoanalítica, las propuestas de intervención provenientes de las teorías vinculares, los trabajos con el autismo y la intervención precoz, los tra-

3. Obviamente, por el alcance limitado de este trabajo, no haremos referencia a la enorme bibliografía psicoanalítica en torno a los procesos de simbolización, representación y pensamiento y sus modalidades, desde Freud, pasando por Klein, Bion, Winnicott, Lacan y los distintos autores contemporáneos, incluida la escuela psicósomática de París.

bajos con familias, las intervenciones clínicas en escuelas, comunidades, etc. Pensamos y defendemos la idea de que no estamos frente a un psicoanálisis aplicado, sino que constatamos la existencia de innumerables dispositivos teóricos y clínicos en los que la escucha psicoanalítica sucede y favorece los procesos de transformación subjetiva.

Esta escucha también participa en los diálogos de interfaz con diferentes campos de la cultura, como las artes en general, la filosofía, la antropología, la semiótica, la estética, así como con los estudios de interfaz entre psicoanálisis y política.

Así como el hombre contemporáneo habita y se expresa en una multiplicidad de formas y contenidos, el psicoanálisis ya no cabe en modelos clausurados de una clínica estándar. Pero no solo porque nuestra supervivencia depende de este movimiento, o de lo que se dio en llamar en una época la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA) *outreach*, sino porque esto es lo que los jóvenes analistas están realizando, ya sea en sus clínicas, ya en los espacios institucionales en los que también trabajan: hospitales, escuelas, SUS⁴, etc.

El psicoanálisis y sus clínicas, sea en la clínica privada, en el servicio público o en una ONG, es una realidad viva. Es psicoanálisis vivo y compromiso con la tarea de atender el sufrimiento psíquico a partir de la singularidad de una escucha que le es propia.

Pienso que hay dos ideas procedentes de otros campos del conocimiento que pueden ayudarnos a construir un pensamiento de sustento para estas consideraciones. Ellas son fidelidad y profanación. Ciertamente, si pudiéramos deconstruir estas ideas del campo del sentido común, podrían enseñarnos mucho.

Tomo la reflexión en torno a la idea de fidelidad a partir de ciertas consideraciones de Janine Puget (26 de setiembre de 2008) inspiradas, a su vez, en las reflexiones de Alain Badiou (1988).

En el sentido clásico, fidelidad se refiere a un contrato establecido. Fidelidad a la historia lineal, a la continuidad ideológica con nuestros antepasados, fidelidad a la tradición, fidelidad contractual que regula las libertades, como, por ejemplo, el contrato matrimonial o cualquier espacio institucional, fidelidad a algunos postulados del psicoanálisis.

Para Badiou (1988), la fidelidad se abre a otras cuestiones que dependen de la fidelidad al *acontecimiento* (*evento*), a la marca de un quiebre, de una ruptura, de un vacío que ha destituido la situación sólida, ocasionando la pérdida de vigencia de los referentes seguros, de los lugares establecidos. Hay aquí una aproximación a la idea de inconsciente, de ruptura, de una fidelidad a lo que no tiene sentido ni lugar en el marco de referencia anterior, pero que da lugar a la creación de una nueva historia que eventualmente incorpora algunos aspectos de otras historias, ya sea para confrontar los datos, ya para comparar o producir un nuevo relato. Si pensamos en la dimensión de la temporalidad para el psicoanálisis (Tanis, 2013), veremos que se diferencia del tiempo lineal y continuo de Cronos, y da lugar al tiempo del instante que se abre en numerosas bifurcaciones. Concordamos con Janine

4. Sistema Único de Salud (SUS) es la denominación del sistema público de salud en Brasil, inspirado en el National Health Service del Reino Unido.

Puget, para quien la idea de fidelidad, en este sentido, requiere una tópica en la cual ocupan un lugar términos como *acontecimiento*: la tópica vincular. Está constituida por “otro, la alteridad, lo ajeno”, en una lógica en la cual el concepto de diferencia adquiere un valor definitivo, y la incertidumbre, en tanto principio, disloca de su lugar central los principios binarios, introduciendo el *principio de incertidumbre*, pensado conforme a la lógica de la bipolaridad.

La otra idea que quisiera presentarles para reflexionar, se refiere a la profanación según la comprende Agamben (2007). No obstante, para que esta les comunique un sentido debo explicitar antes lo que este autor entiende por dispositivo.

Agamben (2005) llama dispositivo a todo aquello que tiene la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, los comportamientos, las opiniones y los discursos de los seres vivos. De esta manera, podemos definir el momento de nuestra cultura como una fase extrema del desarrollo del capitalismo, en el cual vivimos como una gigantesca acumulación y proliferación de dispositivos.

Según Agamben (2007), “y si consagrar (*sacrare*) era el término que designaba la salida de las cosas de la esfera del derecho humano, profanar significaba restituirlas al libre uso de los hombres” (p. 97). “Profanar no significa simplemente abolir y eliminar las separaciones, sino aprender a hacer de ellas un nuevo uso, a jugar con ellas” (p. 113)⁵.

Agamben nos sugiere la interesante e importante necesidad de restituir al uso común aquello que fue tomado, secuestrado, capturado por los diferentes dispositivos. De allí la idea de profanación, en contraposición a la sacralización y cristalización de los dispositivos. En la educación, en los cuerpos, en las subjetividades, en las instituciones, él nos habla de la necesidad urgente de que los sujetos puedan intervenir activamente en los nuevos procesos de subjetivación.

Tenemos la tendencia de enfocarnos en lo que perdemos o perderíamos si cuestionáramos la universalidad de ciertos dispositivos, y no en lo que ganamos en este ejercicio. No me refiero a consideraciones pragmáticas o mercadológicas, aunque no sean descartables, sino a la posibilidad de enfocarnos en los diferentes modos de sufrimiento psíquico y en los diferentes contextos en los cuales el psicoanalista puede llegar a actuar. Estará en juego la capacidad de perfeccionar sus herramientas de escucha en nuevos contextos y dispositivos. Estará en juego no solo la osadía, sino también la creación de espacios institucionales para acoger y reflexionar sobre las experiencias.

André Green (2006) organizó, pocos años antes de dejarnos, una jornada y su posterior publicación: *Les voies nouvelles de la thérapie psychanalytique* (“Los nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”), de la cual participó un expresivo número de renombrados analistas del escenario internacional, y en la cual se presentaron

5. N. del T.: Traducción de F. Costa y E. Castro. La traducción y los números de páginas corresponden a: Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. (Trabajo original publicado en 2005).

innovaciones en el campo de la clínica, además de una discusión sobre los fundamentos que las sustentaban. En esa misma dirección, R. Roussillon (2005) sugiere que ya no es el dispositivo estándar lo que decide quién puede analizarse, sino que las necesidades singulares del analizando son las que señalan el dispositivo más adecuado para el análisis. Esto apunta a las innovaciones en el campo de la técnica. Para finalizar, a partir de estas consideraciones sobre tradición, fidelidad y profanación, podemos invitarlos al diálogo, y a indagarnos constructivamente: ¿Qué está en juego en el psicoanálisis y sus múltiples clínicas? ¿De qué modo perfeccionamos, junto con lo ya conocido, la clínica y la metapsicología frente a la diversidad de dispositivos utilizados hoy por los analistas?

Resumen

El autor afirma que la riqueza y el poder del psicoanálisis residen en la permanente apertura a las singularidades de cada configuración psíquica, en la productiva tensión entre diferentes modelos teóricos, manteniéndose un método de abordar el sufrimiento humano frente a los múltiples determinantes de la subjetividad. A partir de consideraciones sobre fidelidad (Puget) y profanación (Agamben), el autor propone no tener un dispositivo estándar, sino necesidades singulares del analizando que señalan el dispositivo más adecuado para enfocarnos en los diferentes modos de dolor psíquico, y en los diferentes contextos en los que el psicoanalista puede llegar a actuar. Aparece la necesidad de perfeccionar herramientas de escucha en nuevos contextos y dispositivos, así como la creación de espacios institucionales para reflexionar y preguntarnos sobre el psicoanálisis y sus múltiples clínicas.

Descriptor: *Dispositivo, Clínica, Fidelidad. Candidatos a descriptor:* *Diversidad, Profanación.*

Abstract

The author argues that the richness and power of psychoanalysis lie in the permanent openness to the singularities of each psychic configuration, in the productive tension between different theoretical models, maintaining a method of approaching human suffering in the face of the multiple determinants of subjectivity.

Based on considerations of fidelity (Puget) and profanation (Agamben), the author proposes that the analysand’s unique needs should be the most appropriate device to focus on the different modes of psychic pain in the different contexts in which the psychoanalyst can act. He insists on the need to improve listening tools in new contexts and devices, as well as on the creation of institutional spaces to discuss these questions about psychoanalysis and its multiple clinical practices.

Keywords: *Device, Clinical, Fidelity. Candidates to keywords:* *Diversity, Profanity.*

Referencias

- Agamben, G. (2005). O que é um dispositivo. *Outra travessia*, 5, 9-16.
- Agamben, G. (2007). *Profanações*. San Pablo: Boitempo.
- Alizade, M. (2002). El rigor y el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- Alizade, M. (2009). *Cuestionario: Encuadre y dispositivo analítico*. Recuperado el 16 de noviembre de 2014, de <http://www.topia.com.ar/articulos/cuestionario-encuadre-y-dispositivo-psicoanal%C3%ADtico>
- Badiou, A. (1988). *L'Être et l'Événement*. París: Seuil.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1997). Modernização reflexiva. En M. Lopes (trad.), *Política, tradição e estética na ordem social moderna*. San Pablo: UNESP.
- Bercherie, P. (1988). *Géographie du champ psychanalytique*. París: Navarin.
- Freud, S. (2010). O início do tratamento. En P. C. Souza (trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 10, pp. 163-192). San Pablo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1913).
- Green, A. (2005). O intrapsíquico e o intersubjetivo: Pulsões e/ou relações de objeto. *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre (SPPA)*, 12(1), 51-83.
- Green, A. (2006). *Les voces nouvelles de la thérapie psychanalytique: Le dedans et le dehors*. París: PUF.
- Green, A. (2010). Lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. En A. Green, *El pensamiento clínico*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2002).
- Mezan, R. (2014). Problemas para uma história da psicanálise. En R. Mezan, *O tronco e os ramos*. San Pablo: Companhia das Letras.
- Morin, E. (2007). *Introdução ao pensamento complexo*. Puerto Alegre: Sulina.
- Peirce, C. S. (1999). Semiótica. En J. Teixeira Coelho Neto (trad.), *Semiótica*. San Pablo: Perspectiva. (Trabajo original publicado en 1931).
- Puget, J. (2003). Intersubjetividad: Crisis de la representación. *Psicoanálisis APDeBA*, 25(1), 175-189.
- Puget, J. (26 de setiembre de 2008). *Las filiaciones analíticas: Fidelidades y poder. Linealidad y discontinuidades: El poder y relaciones de poder*. Trabajo presentado en el 27º Congreso Fepal, Santiago de Chile.
- Puget, J. (2010). Os dispositivos e o atual. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 44(2), 35-43.
- Roussillon, R. (2005). La conversation psychanalytique: Un divan en latence. *Revue Française de Psychanalyse*, 69, 365-381.
- Roussillon, R. (2014). Traumatisme primaire, clivage et liaisons primaires non- symboliques. En *Agonie, clivage et symbolisation*. París: PUF. (Trabajo original publicado en 1994).
- Tanis, B. (2013). Tempo e história na clínica psicanalítica. *Calibán*, 11, 73-92.
- Tanis, B. (2014a). O pensamento clínico e o analista contemporâneo. *Jornal de Psicanálise*, 47(87), 197-214.
- Tanis, B. (2014b). Permanências e mudanças no lugar do analista: Desafios éticos. *Jornal de Psicanálise*, 47(86), 181-192.
- Tanis, B. y Rache, E. (2017). *Roussillon na América Latina*. San Pablo: Blucher.

